

Una nueva agenda de paz

Por Eduardo Posada Carbó

En un ensayo reciente, el expresidente César Gaviria sugirió reorientar con claridad la finalidad del proceso de paz: "la paz" - en la redefinición propuesta por Gaviria - "es la reincorporación de la guerrilla a un sistema político democrático y la dejación de las armas". Y añadió: "la guerrilla no puede esperar cambios mediante instrumentos no democráticos"^{i[1]}. Publicado en medio de la más seria crisis del proceso de paz, el ensayo pasó al parecer inadvertido. Fijada, primero, en las decisiones que debería tomar el Presidente Pastrana sobre la zona de distensión, y sometida después a una nueva ola de terror, la opinión pública se mantiene a la zozobra, sin tiempo para digerir tanto suceso simultáneamente, mucho menos para el debate pausado. El proceso, sin embargo, continúa. Y, después de tres años, la finalidad de la paz que se busca está aún por definirse.

Uno de los principios del actual proceso de paz, criticado tempranamente por los historiadores Jorge Orlando Melo y Marco Palacios,^{ii[2]} estuvo basado en aceptar una agenda muy amplia de negociación (una idea acogida ya por el anterior gobierno) que definía la paz en términos maximalistas: la paz se confundió allí con la solución de todos los problemas sociales, económicos y políticos del país.^{iii[3]} Al lado de diversos y sucesivos representantes del Estado, significativos grupos de intelectuales, formadores de opinión y líderes políticos declararon que la paz, entendida como un problema de inserción e incorporación de los grupos armados al sistema político, era parte de una etapa superada, que la paz pasaba ahora por discutir con las guerrillas el "modelo de sociedad".^{iv[4]} Fruto de esta nueva visión de la paz fue la Agenda Común, ese amplio temario de 12 puntos reiterado en el reciente acuerdo de enero como "el documento fundamental en el proceso de diálogo y negociación entre el Gobierno Nacional y las Farc". Los diálogos con el Eln también están dirigidos hacia un consenso nacional sobre el "modelo de sociedad".

Importa advertir cómo esa concepción de la paz que desemboca en la Agenda Común - esa idea de llegar al más amplio consenso sobre las transformaciones que requeriría la sociedad -, se encontraría fundamentada en una falsa premisa, descrita en un interrogante que formuló Luis Fernando Ramírez al tomar posesión del Ministerio de Defensa en 1999: "¿será realmente tan difícil ponernos de acuerdo (con los alzados en armas) si aparentemente compartimos los mismos ideales?".^{v[5]} No es éste el lugar adecuado para discutir en detalle cuáles son los ideales por los que lucha la guerrilla. Muchos, en efecto, han llegado a la conclusión que no queda allí ideal revolucionario alguno, sino afán de lucro y simple bandidaje criminal y terrorista (lo que minaría en buena parte la justificación de una salida

negociada al conflicto). Es necesario, sin embargo, responder, así sea brevemente, al interrogante planteado por el exministro: ¿comparten acaso el Estado y la sociedad los mismos ideales de la guerrilla?

La retórica guerrillera es por lo general vaga en definir la sociedad que anhela, pero sobresalen en ella su tono marcadamente anticapitalista, sus propuestas de darle al Estado un mayor control sobre la economía y la vida individual, de restringir el mercado y las libertades, y hasta las expresiones concretas, señaladas por un líder de las Farc, de "avanzar hacia formas de colectivización socialista".^{vi[6]} Los ideales revolucionarios no han desaparecido de sus discursos. Es posible que las Farc ya no defiendan un programa socialista de economía central planificada sino, como lo describió Salomón Kalmanowitz, "una estrategia de desarrollo corporativa".^{vii[7]} Cualquiera sea la naturaleza de los programas propuestos, lo que interesa señalar es que difícilmente puede exigirse en democracia que todos nos pongamos de acuerdo permanentemente sobre ese (o sobre cualquier otro) "modelo de sociedad".

Debo precisar mi argumento para evitar malentendidos. No se trata de negarle a ningún colombiano sus derechos a creer en modelos alternativos de organización social, ni a luchar pacíficamente por ellos. Se trata de sugerir que cualquier intento de llegar a una solución negociada del conflicto armado no debería partir de esa creencia equívoca según la cual todos estaríamos compartiendo "los mismos ideales" sino, por el contrario, del reconocimiento de las diferencias. Y porque precisamente existen concepciones diversas, y hasta opuestas, de cómo organizar la sociedad, la agenda sobre los llamados temas sustantivos tendría que ser limitada.^{viii[8]} El objetivo de un proceso de paz con grupos alzados en armas con propósitos políticos no puede ser, entonces, lograr consensos, sino cómo encontrar un camino viable para poder, civilizadamente, vivir sin ellos.^{ix[9]}

La aspiración de llegar a amplios consensos sobre el "modelo de sociedad" en la mesa del diálogo encierra otros contrasentidos democráticos que se aprecian mejor si se identifica una asimetría - poco percibida - en la representación de las partes negociadoras. Es decir: ¿quién negocia, y en nombre de quién? La guerrilla insiste ser "el pueblo en armas". Pero nunca el "pueblo" les ha dado tal representación.^{x[10]} Sus voceros actúan en nombre de sus respectivas organizaciones armadas: unas organizaciones jerárquicas, y homogéneas, de estructura militar, inspirada en sus orígenes en las doctrinas del socialismo revolucionario. De acuerdo con uno de sus mismos líderes, una de las fortalezas de las Farc sería su "profunda unidad política e ideológica". Allí no habría "fisuras". Se destacaría su "unidad orgánica como un movimiento político, militar, revolucionario". En las Farc "no hay... tendencias": "todos representamos lo mismo y lo defendemos con la misma vehemencia".^{xi[11]}

Los agentes del Estado en la mesa negociadora no podrían decir nada similar. En todo Estado democrático liberal hay "fisuras" y "tendencias" internas, desde su misma concepción basada en la división y limitación del poder. Las "fisuras" y "tendencias" serán mayores si el gobierno se encuentra en manos de una coalición de diversas fuerzas políticas, como en el caso de la actual administración. Y los gobernantes sólo tienen poder por un tiempo limitado - ese ciclo electoral que las guerrillas desprecian pero que en últimas define toda democracia -, su condición de ser "gobierno *pro tempore*", como bien la definiera Juan Linz.^{xiii[12]} Imposible además que, en una sociedad tan compleja y diversa como la colombiana, todos puedan representar "lo mismo". El Congreso, los partidos y movimientos políticos, los gremios del sector privado, las organizaciones de la sociedad civil: éstas y otras instituciones no son perfectas; pero ellas no obedecen a una "unidad orgánica", ni todas representan iguales intereses. Quienes aún dudan del pluralismo de la sociedad colombiana, deberían leer con más cuidado la prensa, recorrer las librerías, o asistir a los foros públicos: no tardarían en identificar allí el diario e intenso debate de opiniones encontradas sobre los más diversos temas, incluido el mismo manejo gubernamental del proceso de paz.

Equivocadamente estos enfrentamientos, de la esencia más democrática y liberal, han venido a interpretarse como expresiones de "polarización". Y también equivocadamente han surgido voces que pretenden exigirles a la sociedad y al Estado un comportamiento unánime en unas negociaciones con la guerrilla que tendrían como objetivo esa paz maximalista, identificada con un nuevo "modelo de sociedad". Obsérvese el contrasentido: se proclama que el fin del proceso sería construir una Colombia más pluralista pero para llegar a ello se le niega el carácter pluralista a la sociedad. En medio de tanto terror y zozobra, se desconoce esa característica esencial y distintiva del proceso de paz: no es un dictador quien negocia con la guerrilla, es un Estado democrático^{xiii[13]}, cuyos sucesivos agentes, a diferencia de la guerrilla, no pueden representar "lo mismo", y están en la mesa por un tiempo transitorio. Sin duda, una limitación de la cual la guerrilla ha intentado siempre aprovecharse, pero también una fortaleza que, si no sabe apreciarse en sus valores positivos, corre el riesgo de perderse.

"El proceso de negociación", advirtió el historiador Jorge Orlando Melo en una conferencia reciente en Medellín, "debe estar enmarcado en una defensa del orden democrático, en un sentido real y sustancial".^{xiv[14]} Melo señaló allí a la "desvalorización de la democracia" como "la mayor debilidad del proceso de paz actual". Los representantes del gobierno y del Estado, los dirigentes políticos y los intelectuales, las asociaciones gremiales y los sindicatos, las organizaciones de la sociedad civil, en fin, la opinión pública, deberían prestar atención a esta advertencia. Ello requiere serias reconsideraciones, que deberían comenzar por revisar la misma definición de la paz que se nos impuso desde hace ya algunos años.^{xv[15]} Durante la crisis de enero, fueron numerosas las voces que exigieron

replanteamientos al proceso. El mismo Presidente Pastrana, en sus diversas intervenciones durante esos días, dio pasos firmes hacia la concepción de una paz posible y duradera.^{xvi[16]} Sin embargo, parece faltar aún mucha mayor claridad para poder apreciar la urgencia de una "nueva agenda" que, como lo observó *The Economist*, "se centre en ponerle fin al conflicto en vez de sostener discusiones filosóficas sobre la injusticia económica global".^{xvii[17]}

^{i[1]} "¿Para dónde va Colombia?", *Semana*, enero 13 de 2002.

^{ii[2]} Véanse sus ensayos: Melo, "La paz: ¿una realidad utópica?", *Semana*, diciembre 13 de 1999; Palacios, "Agenda para la democracia y negociación con las guerrillas", en Francisco Leal Buitrago, ed., *Los laberintos de la guerra. Utopías e incertidumbres sobre la paz* (Bogotá, 1999).

^{iii[3]} Jesús Bejarano señaló las distintas concepciones de la paz que surgieron como "problema de fondo" en las rondas negociadoras de Caracas y Tlaxcala. Así planteó el dilema "si las conversaciones han de conducir a una *solución al conflicto armado*, y por tanto a la desmovilización de la guerrilla, o a una *solución, por la vía de la negociación con la guerrilla, de la llamada crisis nacional*." (Las itálicas son de él). Véase se libro *Una agenda para la paz* (Bogotá, 1995), pp. 123 y 124.

^{iv[4]} Véase, al respecto, el trabajo "Principios y contenidos de las negociaciones de paz en Colombia. Algunas consideraciones frente a la campaña presidencial 2001-2001", julio de 2001, pp. 21-32, en www.ideaspaz.org

^{v[5]} Discurso de posesión del señor Ministro de Defensa, junio 18 de 1999, en www.mindefensa.gov.co.

^{vi[6]} Pueden verse numerosas entrevistas y artículos de miembros de las Farc en la prensa colombiana. Entre ellos, la entrevista a Alfonso Cano, "La otra cara de las Farc", *El Tiempo*, junio 5 de 2000.

^{vii[7]} Salomón Kalmanowitz, "El programa económico de las Farc", en *Las instituciones y el desarrollo económico en Colombia* (Bogotá, 2001). El ensayo de Kalmanowitz fue originalmente escrito en 1998.

^{viii[8]} Vuelvo a remitirme al trabajo ya citado de Marco Palacios.

^{ix[9]} Hago eco aquí a una frase del antropólogo Clifford Geertz, citada en un ensayo de Jonathan Stevenson sobre el proceso de paz en Irlanda del Norte, publicado en la revista *Survival* (3), 2000. Para un estimulante trabajo sobre los consensos posibles en sociedades democráticas, véase el excelente libro de George Klosko, *Democratic procedures and liberal consensus* (Oxford University Press, 2000). En previas contribuciones a la página web de la Fundación Ideas para la Paz comenté ambos trabajos. Pueden consultarse en www.ideaspaz.org

^{x[10]} Véase sobre este punto el ensayo de Jorge Orlando Melo, "¿Los procesos de negociación: una estrategia contra la paz", Medellín, 30 de julio de 2001, texto sin publicar, pp. 5-7.

^{xi[11]} "Regresa Cano", *Cambio*, 8-15 noviembre de 1999.

^{xii[12]} Véase su ensayo publicado en la revista *International Political Science Review* (19:1), 1988.

^{xiii[13]} No sobra repetir que, al reconocerse los elementos democráticos del Estado colombiano, no se está sugiriendo que la democracia colombiana está libre de problemas. Pero es importante tener claridad sobre este punto que, aunque parezca obvio, hay que reiterar: quien negocia de parte del Estado no es un agente autoritario, sus poderes están limitados. Para un ensayo reciente que discute las dificultades de conceptualización de la democracia colombiana, donde se reconoce explícitamente la necesidad de distinguirla de los regímenes autoritarios, véase Ana María Bejarano y Eduardo Pizarro, "From 'restricted' to 'besieged': The changing nature of the limits to democracy in Colombia"; ensayo próximo a publicarse en Scott Mainwaring y Frances Hagopian, ed., *Advances and setbacks in the third wave of democratization in Latin America* (Cambridge University Press, 2000).

^{xiv[14]} Jorge Orlando Melo, "¿Los procesos de negociación: una estrategia contra la paz?", Medellín, 30 de julio de 2001, texto sin publicar. "Falta un discurso que sostenga la primacía de la democracia", había dicho el mismo Melo en su ensayo publicado en *Semana* en diciembre de 1999, ya citado. Para observaciones similares sobre los peligros de la desvalorización de la democracia bajo un proceso de paz que no prestase mayor cuidado a los principios, véase el ensayo de Malcolm Deas, "La paz: entre los principios y la práctica" en Francisco Leal, ed., *Los laberintos de la guerra* (Bogotá, 1999).

^{xv[15]} "Para mí, el nuevo nombre de la paz es el del empleo", expresó Juan Camilo Restrepo en su discurso de aceptación de la candidatura en nombre del partido conservador. Aunque en ese mismo discurso, el candidato conservador reclamó "una paz con autoridad" y "una paz que signifique seguridad", la definición de la paz

identificada con el empleo confunde los objetivos y las finalidades de cualquier proceso de paz. Esta observación no es fruto de pedantería semántica alguna. Creo que sin la precisión conceptual difícilmente podremos contar con políticas efectivas de paz. El discurso de Restrepo se publicó en *El Tiempo.com*, enero 26 de 2002. También estuvo disponible, inmediatamente después de la convención del partido, en su página web: www.partidoconservador.com.

^{xvi}[16] Desafortunadamente, no se ha desarrollado aún entre nuestros analistas la costumbre de examinar en detalle los discursos presidenciales ni los de los dirigentes políticos. Los cambios en la retórica política pasan así inadvertidos. Se presupone, equivocadamente, que sólo hay en esos textos pura "palabrería". Paradójicamente, al no estar sometidas al cuidadoso análisis de la opinión, las palabras de los dirigentes políticos quedan así libres de responsabilidades.

^{xviii}[17] 'The Farc's moment of truth', *The Economist*, enero 19 de 2002.